

que los países se han esforzado más en hacer resaltar lo que los desune, que en dedicarse a reforzar lo que los une. Eso se aprecia en la descripción que el autor hace de todas las reuniones de la comisión (órgano decisorio del acuerdo), de los ministros, cancilleres y presidentes. Es interesante mirar hacia atrás para darse cuenta de que se ha perdido mucho tiempo en negociaciones sin sentido, pues a éstas no las inspiraba el deseo de concertar, sino el ánimo de dilatar el proceso y generar desgaste y agotamiento. Hacia el futuro la voluntad política, si existe, debe reflejarse en negociaciones más francas y abiertas. Que se vaya al fondo de los problemas y a las causas de los mismos y que no se acoja "la línea de menor compromiso y riesgo", que, según Salazar, fue una conducta que prevaleció en el período que él relata.

Un capítulo interesante y que contiene aportes derivados de la experiencia de haber estado metido en "el barro con los pies descalzos", tal como afirma Manfred Max Neef, citado por el autor en la Presentación, es el relacionado con la marcha de los órganos del acuerdo. La comisión, la junta, el tribunal de justicia, el parlamento, el Fondo Andino de Reservas, la Corporación Andina de Fomento y la Asociación de Empresas Estatales de Telecomunicaciones son objeto de breve análisis y de sugerencias para su mejor funcionamiento. Enfatiza el hecho de que la integración es un sistema de órganos interrelacionados que exigen buscar posiciones comunes y nuevos campos de trabajo.

El mensaje es optimista, y el autor mira el futuro para hacer recomendaciones. Considera que la integración es una alternativa válida; que es la única forma de afirmar la identidad de los pueblos; que el trabajo debe ser más humano; que se deben explorar otros intentos de cooperación; que se le debe imprimir menos sentido comercialista y vincular a todos los agentes y no solamente a los funcionarios de gobierno; que la integración física (al igual que en el período incaico) es necesaria para estrechar el vínculo aglutinante de los países, a través de los caminos y de las comunicaciones;

que deben impulsarse las empresas multinacionales andinas e imprimir mayor dinamismo a la seguridad alimentaria, al aprovechamiento industrial, a la investigación y a los adelantos tecnológicos.

El libro está dirigido a aquellos que deseen conocer intimidades de los últimos años del Grupo Andino. Pero debería ser leído por quienes han tenido algún tipo de protagonismo en dichos años. Ahí se verán en un espejo y podrán reflexionar y hacer una sana autocrítica de su actuación, sin importar si en el libro les pisaron los callos o no.

GUSTAVO TOBÓN



Sociología de la educación: avances de una disciplina

Educación y estructura social

Gonzalo Cataño

Plaza & Janés-Asociación Colombiana de Sociología, Bogotá, 1989, 241 págs.

La sociología ha sido pionera en los estudios sobre educación en el país, cuando, a partir de los decenios del cincuenta y del sesenta, procesos de expansión escolar generaron el interés de los organismos del Estado y llevaron a ciertos núcleos intelectuales a iniciar la reflexión sistemática de esta problemática. Gonzalo Cataño, heredero de las corrientes clásicas de la sociología, ha examinado, con sos-

tenido interés, aspectos concernientes a la educación rural y a las relaciones entre educación y clases sociales, al mismo tiempo que ha sido importante difusor de los avances que autores —nacionales y extranjeros— han alcanzado en los diversos campos de la sociología educativa.

El libro que nos ocupa reúne una serie de ensayos que giran en torno a las preocupaciones sociológicas del autor. La primera parte contiene algunos trabajos referidos a educación y estructura social, de los cuales el que versa sobre educación y sociedad rural presenta la mayor solidez; en él se expone la síntesis de una investigación de más largo aliento sobre educación y sociedad rural en el departamento de Boyacá, en donde se expresan los condicionamientos sociales y culturales en que está inmersa la escuela. Apoyado en los planteamientos de Durkheim respecto a las funciones de la enseñanza, el ensayo revela que, ante la precariedad de las instituciones educativas en la región, las labores educativas se refugian en un ritualismo que "termina reemplazando los objetivos mismos de la escuela" y que la limita a actividades en las que sólo prima "el mecanismo de interiorización de los sentimientos patrios y de las nociones de obediencia, sujeción y autoridad". Igualmente, se señala la distancia entre la calidad de la educación rural y la urbana, ya que en la primera no existe rigurosidad en los contenidos y en la diferenciación por grados, lo cual indica que la preocupación estatal por suprimir las desigualdades entre estos dos tipos de educación no logra aún resultados satisfactorios.

Basado en los postulados de Weber sobre las clases sociales y su acceso diferencial a los bienes y servicios de la sociedad, Cataño expone en el siguiente ensayo la dinámica existente entre educación y clase social en Colombia, y sostiene que los procesos de democratización que caracterizan la educación en los últimos decenios han estado acompañados de la estratificación interna del sistema educativo, fenómeno que ha desvirtuado las expectativas de movilidad social de los sectores medios y

bajos de la población a través de la acreditación educativa. De este modo se afirma que es la estructura de clases la que determina el acceso desigual a la educación y marca la dinámica del sistema educativo como un todo; así, la educación no sería la última fuente de diferenciación social, como se cree comúnmente, sino un elemento legitimador de aquélla.

En la segunda parte del libro se emprende el análisis de algunos estudios sobre educación y sociedad en el país, en donde se seleccionan esencialmente aquellos que manejan un marco de referencia sociológica y que han hecho contrastaciones empíricas alrededor de los aspectos trabajados. De tal manera, el autor pretende sondear el estado actual de la sociología de la educación a través de campos específicos de conocimiento, a la vez que destaca la importancia de este tipo de balances para el desarrollo y sistematización de una disciplina. La incidencia de la sociología de la educación en los ámbitos académicos, y específicamente en los estudios de especialización, se aborda en el último ensayo, al hacer la evaluación de un posgrado en investigación socioeducativa que funcionó en la Universidad Pedagógica Nacional entre 1975 y 1983, del cual el autor fue uno de sus más entusiastas impulsores. Allí, al mismo tiempo que precisa algunos rasgos típicos de los posgrados en el país, hace severas críticas a los posgrados en educación surgidos a partir de la década del setenta, y específicamente a la modalidad mencionada. Se busca que el análisis de esta experiencia redunde en la cualificación y reorganización de los estudios de especialización, para que, al lograr diferenciarse de los pregrados, signifiquen verdaderas opciones de formación avanzada para docentes e investigadores.

En las páginas introductorias, Cataño esboza la inquietud que le produce el tratamiento del fenómeno educativo, al que califica de evasivo y siempre tornadizo, al mismo tiempo que indica la escasa valoración que el medio intelectual asigna a este tipo de publicaciones, pero, pese a estas afirmaciones, el libro muestra que el tema educativo puede ser trabajado

con solidez y altura académica. He aquí un texto obligado, no sólo para sociólogos que se preocupan por los progresos de su disciplina, sino también para todos aquellos que se interesan por los distintos avances investigativos en el terreno de la educación, quienes podrán encontrar en él una manera equilibrada de abordar determinados temas, en donde se conjuga un enfoque analítico con aspectos descriptivos y empíricos de gran relevancia.

MARTHA CECILIA HERRERA C.

Amolando los cuchillos

Bolívar frente a los médicos y la medicina

Antonio Reales Orozco

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1988,
203 págs.

La patografía de personajes famosos ha sido uno de los terrenos predilectos de los cultores de la historia de la medicina, en especial de aquellos que ejercen como médicos. El número de esta clase de trabajos es amplio, tanto en el país como en el mundo. Dentro de la región bolivariana, como es obvio, la figura de Simón Bolívar ha sido objeto privilegiado de esta clase de literatura y, recientemente, también de la gran literatura. Al leer un trabajo médico sobre las dolencias y la muerte del Libertador, inevitable-



mente viene a la mente la última obra de García Márquez, *El general en su laberinto*. A veces la literatura, la buena literatura, permite entrar con mayor profundidad que algunos estudios histórico-médicos en ciertos dramas humanos, y ello no es raro en la literatura mundial. Según el doctor René Tissot —destacado psiquiatra francés— la mejor descripción de la muerte no se debe a un médico sino a un narrador: León Tolstói (*La muerte de Iván Ilich*).

El libro que nos ocupa, aun cuando constituye un esfuerzo muy meritorio desde el punto de vista de la documentación secundaria y del análisis para acercarse a la enfermedad y a la actitud de Bolívar frente a la medicina y los médicos, deja, a los lectores que quieren formarse una visión integral sobre el tema abordado, a mitad de camino. Por una razón que es extensible a no pocas de estas de patografías históricas. Se trata de lo que podría calificarse de "unilateralidad iatrocentrista". Los análisis están dominados por los puntos de vista y los prejuicios característicos de los médicos y, en este caso, también de la psiquiatría. Por esta razón, quizá, esta clase de estudios tienden a quedarse reducidos al ámbito de los profesionales de la medicina. Pierden alcance explicativo y, en consecuencia, poco les dicen a los lectores formados en otras disciplinas.

Esta actitud se puede ilustrar tomando dos de los varios temas que incluye la obra comentada. Uno de ellos es el de la relación médico-paciente. En el caso de Simón Bolívar esta relación fue, por decir lo menos, compleja. Y en cuanto relación, es necesario, para su análisis, tener en cuenta no sólo al enfermo sino también al médico. Desde el primer capítulo el autor plantea el problema en los siguientes términos: "En honor a la verdad, aquellos criterios del Libertador que se relacionan con su apatía por la medicina hipocrática, no representan una saludable postura digna de imitarse. ¿Podemos considerar su actitud de rechazo a la medicina clásica como un comportamiento inadecuado por influencias externas? ¿O debemos clasificarlo, más bien, como un comportamiento de tipo desadaptado en relación con